

Cuento

*"Me dice el corazón...
...Pero me grita la consciencia..."
Gilbertito Santa Rosa*

Por estudiante: Ana T. Ramos Izquierdo Sosa
Mención de honor en cuento, Semana de la Lengua 2009

Inconsciencia

¡Tú sabes más que eso! ¿Por qué te alarmas? Acaso crees que no estoy hablando contigo. ¡Atiéndeme! Desde que escuchaste mi voz retumbando en tus sienes te asustaste. Sabes que puedo volverte loco si me dejas. Y si no, también. Conozco todo sobre ti. Desde que abriste los ojos por primera vez he estado como una grabadora encendida, archivando todo detalle de tu vida. ¿No me crees? Ponme a prueba si te atreves.

Recuerdo tu primera mentira, es mi favorita. No tenías sueño, no tenías hambre y no te habías cagado. Pero la idea de que te arrullaran te incitó a llorar. Lloraste tanto que a pesar que tus padres dormían profundamente, lograste que un grito perforase el sueño de tu madre. Y vino llena de ojeras y te levantó con ternura y te abrazó suavemente a su pecho y te meció mientras cantaba y te dormiste.

De niño hacías travesuras como cualquier otro. Pero en octavo grado conociste al muchacho mas temido de la calle, *y* por aquello de que no te partieran la cara, le reíste las gracias. Su ganguita tenía fama de nada bueno en la urbanización y todos te llevaban un mínimo de tres años, pero tu los admirabas por que todos les tenían miedo. El día que te iniciaron te pidieron que te robaras un paquete de cervezas del colmadito de la esquina.

Entraste con las manos temblorosas y sudor en la frente. Te habían prestado una chaqueta de baloncesto para que escondieras las botellas. Saludaste al dueño de la tienda, como lo hacías cuando venías con tu mamá y te dirigiste al área de licores. Encontraste las cervezas y te quedaste contemplándolas un rato mientras intentaba convencerte de que no lo hicieras. Las tomaste una a una y rellenaste con servilletas los espacios entre ellas para que no hicieran ruido. Saliste con la cara pálida y no te despediste. El dueño del colmado sospechaba que algo pasaba, pero conocía a tu familia y por eso no te dijo nada. Tu madre le pagó las cervezas y te castigaron por dos semanas. Tenías trece años.

¿Pasé la prueba? No me contestes, pensarán que estas loco si hablas a solas, aunque aquí no sé quién se dará cuenta. Además tu cara de espanto es suficiente. ¿Por qué he vuelto? ¿Por qué tu crees? ¿Qué razón tendré para fastidiarte ahora? Mira tu brazo izquierdo y hallarás la respuesta. Sinceramente crees que puedes meterte esa aguja en la vena sin que yo me altere? A veces no se si te sobrestimo. Has perdido todos los controles. Debí saberlo antes, pero entonces tenía esperanza.

Empecé a perderla cuando estabas en escuela superior. Seguías en el corillo y eras bien conocido en tu clase. Eras guapísimo entonces y nunca te faltaba compañía. Invitaste a la nena más linda de la clase a tu fiesta de graduación.

Inmediatamente ella accedió y empezaste a planear para la tan esperada noche. Un cuarto en un hotel, una botella de champán y no podría resistirte. O por lo menos eso pensaste. Luego de la fiesta subieron al cuarto, ella se veía nerviosa pero a ti no te iban a dañar la noche.

Abriste la botella y serviste dos copas. Bebieron y conversaron, y hasta por un momento pensé que sentías algo por ella. Ella pensaba lo mismo y por eso confió en ti. Cuando echaste el polvillo blanco de una capsula en su tercera copa, quise causarte dolor. Nada que te dijera te hubiese conmovido. Cuando sus pupilas empezaron a dilatarse, te odié. Te grité, suplicándote que no lo hicieras, pero ya nada podía hacer. La tiraste en la cama, le quitaste su traje nuevo y mientras ella adormecida te decía entre lágrimas que te detuvieras, la violaste. Y cuando terminaste, la dejaste sola en el hotel y fuiste a contarle a tus panas de tu aventura.

Pensaste que me había muerto por que ya no te hablaba. Pero esas noches te despertabas sudando y gritando, y tus pesadillas las dirigía yo. Tratava de enseñarte una lección. Violé tus sueños como tu violaste a esa muchacha. Cada vez que corrías sin dirección y sin saber por qué, cada golpe que sentías, cada monstruo que te desmembraba, me servían de venganza. En esos momentos de oscuridad parecías arrepentirte, pero a la luz del día nada cambió.

El truquito de la pastillita lo usaste tres veces mas, entonces la gente habló. En los barrios pequeños todo se sabe y los vecino te tildaron de enfermo. Tus padres no soportaban el constante cuchicheo, el dolor y la vergüenza que les causaba la situación aun no superaba el amor que sentían por ti. Decidieron darte una oportunidad. Te enviaron a estudiar lejos, para empezar de nuevo.

Tú estabas feliz. Por primera vez podrías hacer lo que quisieras. Pensarlo solamente me da escalofríos. Estabas en un ambiente de completo anonimato. Estabas en tu espacio y no tenias que rendirle cuentas a nadie. Entonces empezaste a fumar pasto. El sueño liviano y tranquilo de la droga te parecía aburrido y decidiste seguir experimentando. Una noche en una discoteca te pasaron un gotero y lo tomaste. Más tarde jurabas que habías conocido a Dios. ¿Qué has hecho tú para merecer que Dios te hable? Estuviste casi dos días alucinando. No recordabas ni donde vivías, pero habían ganas de seguir y en ese viaje conociste al I3ichote.

El tipo te dio donde quedarte y comida, le pareciste inteligente y te propuso un negocio. Que si dinero, que si carro, que si mujeres, todo lo que tu querías lo tendrías trabajando para él. Dejaste la universidad y te mudaste a la ciudad. Le dijiste a tus padres que tenías tremendo trabajo con una farmacéutica. Que ironía.

Una de tus dieras era una joven prostituta. ¿La recuerdas? Te envió un mensaje para que se encontraran en la calle donde ella trabajaba. Llegaste una hora más tarde con suficiente heroína para que la nota le durase una semana. Cuando te dijo que le faltaba la mitad del dinero, una risa se escapó de tu garganta. Ella te miró con odio y te propuso hacer un arreglo. Tu le dijiste que si

ella te mantenía satisfecho, tu le darías lo que necesitaba. Esa noche se quedó contigo y después de una pastilla de éxtasis y par de líneas de coca, te ofreció la aguja.

Tu padre se enfermó y la familia te necesitaba, pero tu egoísmo y tu constante escapismo no te permitieron ver que sólo tu presencia hubiera sido suficiente. *N* siquiera fuiste a su entierro. Pero ya no es importante, ellos se dieron por vencidos hace tiempo.

Tu jefe se enteró de esas fiestas a media noche que sin saber, estaba auspiciando. Se cansó de esperar que le pagaras y te mandó a buscar. Cuando te enteraste que tenias un precio sobre tu cabeza conseguiste el dinero para comprar un pasaje y volver a casa. Lo que tú no sabias es que ellos te venían siguiendo y te estaban esperando en el aeropuerto. Cuando te bajaste del avión y te dirigiste al teléfono te agarraron por la espalda y te metieron en un carro negro. La mañana siguiente te despertaste a la orilla de una quebrada casi muerto, con la cara hinchada y dos costillas rotas.

Te empezaron los temblequeos que te dan cuando necesitas un pase. Los dolores en el pecho y el hambre no te dejan descansar. Desde entonces tu salud sigue empeorando. La tos se hace cada día más copiosa y los moretones que tienes en la piel ya no salen por golpes. Parece que aquella prostituta te pegó mucho mas que un mal hábito. Ahora cada mañana buscas mantenerlo de la única manera que sabes, pidiendo limosna en un semáforo.

¿Tengo mucho de que estar orgullosa verdad? Lo único que te queda, soy yo. A veces yo también quise irme, pero yo sé algo que tú no sabes. Si dejas pasar esta oportunidad tendrás que volver a lidiar con tus errores. Te prometo que lo que viene es peor que lo que intentas escapar. Dame el beneficio de la duda, suelta la jeringuilla y llama a tu madre.

¿Por qué no? ¿Prefieres morir como un perro en un callejón asqueroso? ¡No, no es mejor que tragarte el poco orgullo que te queda! ¿Justicia? ¿Qué sabes tú de justicia? Injusto es que dejes todo sin pensar en las consecuencias que traerá a los que dejas atrás.

Te juro que te arrepentirás. Haz lo que te dé la gana. A mí no me importa. Así despacio para que no duela. ¿Cómo se siente acabar todo? ¿Te sientes aliviado? ¡Pues yo no! No quise terminar así, fui un fracaso, nada de lo que hice fue suficiente para convencerte. No quiero irme sin que te arrepientas. ¿Me escuchaste? Demuéstrame un rastro de remordimiento. Dime estas arrepentido. ¡Dímelo! Tengo frío. No te hagas el dormido, se que me estas escuchando. ¡No me ignores!